

CAPITULO XXIV

De D. Ramiro el Tercero, rey de Leon.

Averiguado es que el rey D. Sancho casó con doña Teresa; asimismo que D. Ramiro era de cinco años cuando su padre murió. Tuvo el reino por espacio de quince años, pero por su tierna edad el gobierno estuvo en poder de la reina, su madre, y de doña Elvira, su tia, que otros llaman Geloira, hembras muy señaladas y de singular prudencia, si bien por ser el rey pequeño y ellas mujeres, se levantaron grandes alteraciones. El sucesor de Ermigildo, prelado de Compostella, que se llamaba Sisnando y era hijo del conde Menendo, porque confiado en su nobleza gastaba torpemente las rentas eclesiásticas y la hacienda, el rey D. Sancho le removió y puso en prision, eligiendo en su lugar á Rodesindo, que fué primero obispo Dumense, y despues monje de San Benito en el monasterio de Celanova. Era de sangre real é hijo del conde Gutierre Arias y de Aldara, su mujer. Sisnando, por la muerte del rey don Sancho, fué puesto en libertad, y salido que hobo de la cárcel, se apoderó por este tiempo de la iglesia Compostellana, y forzó á su sucesor, por miedo de la muerte, á que renunciase y se volviese á su monasterio, en lo que pasó lo más de su edad, muy contento de verse libre. Allí acabó santísimamente, y en diversas partes celebran su fiesta á primero de Marzo, que

es el dia que falleció, año de novecientos setenta y seis.

Tenian los de Leon puesta amistad con el rey de Córdoba, y de nuevo se confirmó, por causa que el rey de Córdoba, Alhaca, en gracia del nuevo rey D. Ramiro, le concedió el cuerpo del mártir Pelagio. Pusiéronle en el monasterio que á sus expensas en Leon edificára el rey D. Sancho, y deseaba aumentar la devocion de aquella iglesia con las sagradas reliquias deste mártir. Este monasterio se llamó antiguamente de San Juan Bautista, despues de San Pelagio ó Pelayo, al presente tiene la advocacion de San Isidoro. La causa de mudar los apellidos fué la traslacion que á él en diversos tiempos se hizo de los cuerpos de aquellos dos santos. Alteróse la paz y avenencia con esta ocasion; á persuasion de D. Vela, el cual dijimos haber huido á Córdoba, y por su importunidad los moros deseaban hacer guerra contra el conde de Castilla y satisfacerse de tantos agravios como dél tenían recibidos. El rey Alhaca, dado que era más inclinado á la paz que á la guerra, movido por la instancia que en esta razon le hicieron los suyos, con un grueso de ejército que juntó, rompió por las tierras de Castilla, apoderóse de Sepúlveda, Gormaz, Simánkas y Dueñas, y ani-



mado con el buen suceso, menospreciada la confederacion que tenía con el rey de Leon, se metió y rompió por su reino, tomó en aquellas partes por fuerza á Zamora y la echó por tierra.

La molestia que el conde Fernan Gonzalez recibió destas cosas, le acarreó su fin el año siguiente, que se contó de nuestra salvacion novecientos sesenta y ocho. Falleció en Búrgos, fué sepultado á la ribera de Arlanza. En aquel monasterio de San Pedro, junto al altar mayor, se ven las sepulturas dél y de su mujer doña Sancha, con sus letreros que declaran cuyos son. Las exequias fueron célebres no más por el aparato, quebranto y lutos de los suyos, que por las lágrimas de toda la provincia, que lloraba la muerte de tan bueno y tan fuerte príncipe, por cuyo esfuerzo las cosas de los cristianos se conservaron por tanto tiempo. Tuvo de dos mujeres estos hijos: Gonzalo, Sancho, Garci Fernandez: otros añaden á Pedro y Balduino. Lo que consta es, que Garci Fernandez sucedió á su padre por ser los demas muertos en tierna edad, ó si eran vivos, le antepusieron en la sucesion á causa de su buen natural y principios que mostraba de grandes virtudes, que en breve se aumentaron y dieron colmado fruto. Dejó asimismo una hija llamada doña Urraca, de quien poco ántes diversas veces se ha hecho mencion.

Por el mismo tiempo los normandos, que tenían hecho su asiento en aquella parte de Francia que antiguamente se llamó Neustria, ahora Normandia, y por diligencia de Herveo, obispo de Rems, algunos años ántes deste se hicieron cristianos: como estuviesen acostumbrados á robar las riberas de España, juntaron este año una gruesa armada con que maltrataron las tierras de Galicia, quemaron aldeas, castillos y lugares, cautivaron muchos hombres, robaron asimismo todo lo que hallaban: duró dos años esta plaga. El rey, por su tierna edad, no podia acudir á la defensa. Sisnando, prelado de Compostella, hombre más para soldado que para obispo, juntado que hobo un número de los naturales, en un rebate que dió al enemigo, cerca de un pueblo llamado Fornellos, fué muerto con una saeta que le tiraron: sucedió esto á veintinueve de Marzo, año

novecientos setenta y nueve; el fin fué conforme á la vida. Lo que con razon se puede en él alabar, es que procuró diligentemente de cercar á Santiago de murallas á propósito de poner en defensa aquel tan santo lugar, que no le pudiesen forzar los enemigos. El conde Gonzalo Sanchez, nombrado por capitán para aquella guerra, se gobernó mejor. Acometió de sobresalto cerca de la mar á los normandos, que cargados de despojos marchaban sin orden y sin recelo, y hizo en ellos gran matanza. Perreció en la refriega el mismo general de aquella gente, llamado Gunderedo: quitóles la presa y los cautivos, las naves otrosí, sin faltar una, les fueron unas tomadas, quemadas otras, con que quedó libre España de gran peligro y cuidado.

En Córdoba por el mismo tiempo falleció el rey Alhaca el año de novecientos y setenta y seis, de los árabes trescientos y sesenta y seis. Este año el moro Rásis envió sus comentarios, que escribió en arábigo, de las cosas de España, á Balharab, miramamolín de África, á cuya persuasion, y por cuyo mandado los compuso. Dejó Alhaca ocho hijos, todos de pequeña edad y muy niños. Los moros no se concertaban en el que debía suceder: remitiéronse al miramamolín de África, por cuyo orden Hissem fué antepuesto á sus hermanos, aunque no tenía más que diez años y cuatro meses. Reinó treinta años y cuatro meses sólo de nombre, porque el gobierno y poder tenía Mahomad, hombre sagaz, que se llamó Alhagib, que quiere decir virey, por voluntad de los grandes, y tenía mano en todo. Él mismo despues se llamó Almanzor, que quiere decir vencedor, por las muchas victorias que ganó de los enemigos. De aquí nacieron entre aquella gente alteraciones civiles, como es ordinario cuando el rey pasa la vida en ociosidad, y en deleites y deportes, y reinan otros en su nombre: además que con la abundancia de España, templanza del cielo, blandura de los naturales, y á la ferocidad de los ánimos con que aquella gente vino á España, se habia menguado y quitado mucho de las fuerzas del cuerpo. No pararon estas discordias hasta que Hissem fué despojado del reino paterno.



El estado de nuestras cosas no era mejor, á causa que por haberse el rey criado en regalo y entre mujeres tenía las costumbres estragadas, y en el ánimo poco valor. Demas desto, la reina doña Urraca, con quien el rey don Ramiro casó el año novecientos y ochenta y uno, estaba apoderada de su marido. Menospreciaba los consejos de su madre y de su tía doña Elvira, virgen consagrada á Dios, por cuyo respeto algun tanto al principio se solia enfrenar. Daba audiencia de mala gana; las respuestas ásperas: con esto irritó los nobles de Galicia, hombres de feroz natural. Destos principios cayó en menosprecio de los suyos, y se dió ocasion á los revoltosos de alterar el reino. Los primeros que se alteraron fueron los gallegos, como los más desabridos. D. Bermudo, primo del rey y hijo del rey D. Ordoño tercero deste nombre, se hizo capitan y cabeza de los alterados, con esperanza de recobrar por las armas el reino de su padre, que pretendia le quitáran á gran tuerto. El rey D. Ramiro, por este peligro, al cabo despierto del sueño, acudió á la necesidad. Hizose la guerra dos años con diferentes sucesos y trances. Estaban divididas las voluntades del reino entre los dos. Últimamente, se dió la batalla cerca de un lugar llamado Portela Arenaria, no léjos de Monterroso: murieron muchos de ambas partes, sin que la victoria se declarase. Despues desta batalla, de tal manera se dejaron las armas, que Galicia quedó por D. Bermudo, que puso en Compostella el asiento y silla de su nuevo reino. Fhé hecho obispo de aquella ciudad, por voluntad de don Bermudo, Pelayo, obispo que era de Lugo, hijo del conde Rodrigo, hombre de malas costumbres, por donde adelante le quitaron el obispado y pusieron en su lugar á Pedro Mansorio, monje y abad de conocida virtud. En tiempo deste buen prelado volvieron á la iglesia compostellana todas las cosas y heredades que por las revueltas de los tiempos pasados se le quitaron.

El conde D. Rodrigo, con deseo de restituir á su hijo en aquella dignidad, llamó los moros en su ayuda. Miserable era el estado de las cosas, y grande la afrenta de la religion cristiana. Con el ímpetu y armas de los bárbaros fué

Galicia muy maltratada: la misma ciudad de Compostella fué tomada, y una pared del templo de Santiago echada por tierra. No tocaron en el sepulcro del Apóstol; no se sabe la causa: sólo consta que Santiago volvió por su silla y su templo, y castigó gravemente aquel desacato, porque con una enfermedad de cámaras que anduvo por todo el ejército, pereció con muchos dolores gran parte de aquella morisma. El mismo Almanzor, como preguntase la causa de tan grande estrago, y cierto hombre le respondiese que uno de los discípulos del hijo de María tenían allí sepultado, determinó dejar aquella empresa.

No pudo llegar á su tierra, ca murió de la misma enfermedad en Medinaceli, pueblo conocido en los celiberos á la raya de Aragon. Por otra parte, con nuevas entradas que hicieron los moros, ganaron muchos lugares de los nuestrros, esto es, á Gormaz, cerca de Osma, y á Atienza: en Castilla la Vieja, Simánkas, despues de un largo cerco, fué tomada, y vencido el rey D. Ramiro que vino á socorrer los cercados. Nunca se vió España en mayor peligro despues que comenzó á levantar cabeza: los nuestrros, divididos entre sí, grave daño; el Alhagib, capitan de gran nombre, y que lo gobernaba todo por los reyes de Córdoba, ardía en odio implacable el nombre cristiano. Partidos los moros, la pared de la iglesia de Santiago se reedificó por diligencia del rey D. Bermudo y de su prelado Pedro Mansorio; y fué el templo reconciliado con solemne ceremonia, como se acostumbra, por quedar profanado con la suciedad de la supersticion morisca.

Á Pedro sucedió en aquella iglesia Pelayo Diaz, de juez seglar repentinamente mudado en obispo por malas mañas y fuerza de que usó. Fué, pues, depuesto este prelado, porque era de costumbres insolentes y no daba orejas á nadie. En su lugar sucedió su hermano Vimara, de vida semejante, que ó acaso, ó por traicion de alguno, murió ahogado en el rio Miño. Eran aquellos tiempos muy estragados: las costumbres de los sacerdotes muy livianas, no sólo en España, sino al tanto en las otras partes del orbe cristiano; la misma Roma, cabeza de la Iglesia y albergó de la santidad, padecía un



grave scisma. Bonifacio, y Benedicto y Juan pleiteaban sobre el pontificado: cada cual tenía sus valedores y razones que en su favor alegaba. Cuánta fuese la corrupcion de las costumbres, de Luitprando, diácono Ticinense, que escribió como testigo lo que veia y pasaba, se puede entender. Á Vimara sucedió otro del mismo linaje, cuyo nombre no se refiere; algunos códices le llaman Isquaria; sospecho que la letra está errada. Éste, como no fuese nada mejor que sus dos parientes, por mandado del rey fué preso.

Volvamos á D. Ramiro, que pasaba en ociosidad y descuido toda la vida: gran perjuicio en los príncipes, cuyo oficio principal es por sí mismos acudir á las armas: en este estado le tomó la muerte: falleció en Leon el año nove-

cientos ochenta y dos. Sepultaron su cuerpo en el monasterio de Destriana, que (como se dijo arriba) le edificó el rey D. Ramiro, su abuelo, en el valle Ornesé, con advocacion y en nombre de San Miguel. De allí, por mandado del rey D. Fernando, segundo deste nombre, como doscientos años adelante, le trasladaron á la iglesia Mayor de Astorga. Sampiro, obispo de Astorga, de quien hemos tomado muchas cosas en lo pasado, hizo fin á su escritura y historia en este lugar. Pasa adelante Pelagio, obispo de Oviedo, que vivió en tiempo de D. Alonso el Emperador. El crédito de entrambos por haberse hallado en muchas de las cosas que cuentan es grande, aunque el de Sampiro se tiene por mayor, y él mismo por autor más grave.